

Susan McKinnon
GENÉTICA
NEOLIBERAL
MITOS Y MORALEJAS
DE LA PSICOLOGÍA EVOLUCIONISTA



Susan McKinnon

**GENÉTICA NEOLIBERAL:
MITOS Y MORALEJAS DE LA
PSICOLOGÍA EVOLUCIONISTA**

UMBRALES

www.elboomeran.com

UMBRALES

Colección dirigida por
Fernando Escalante Gonzalbo y Claudio Lomnitz

Sucede con frecuencia que lo mejor, lo más original e interesante de lo que se escribe en otros idiomas, tarda mucho en traducirse al español. O no se traduce nunca. Y desde luego sucede con lo mejor y lo más original que se ha escrito en las ciencias sociales de los últimos veinte o treinta años. Y eso hace que la discusión pública en los países de habla española termine dándose en los términos que eran habituales en el resto del mundo hace dos o tres décadas. La colección **Umbrales** tiene el propósito de comenzar a llenar esa laguna, y presentar en español una muestra significativa del trabajo de los académicos más notables de los últimos tiempos en antropología, sociología, ciencia política, historia, estudios culturales, estudios de género...

Susan McKinnon

**GENÉTICA NEOLIBERAL:
MITOS Y MORALEJAS DE LA
PSICOLOGÍA EVOLUCIONISTA**

Prólogo

MARTA LAMAS

Traducción

VICTORIA SCHUSSHEIM



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

www.elboomeran.com

Primera edición en inglés, 2005
Primera edición en español, 2012

McKinnon, Susan

Genética neoliberal: mitos y moralejas de la psicología evolucionista / Susan McKinnon ; pról. de Marta Lamas ; trad. de Victoria Schussheim. — México : FCE, 2012

173 p. ; 17 x 11 cm — (Colec. Umbrales)

Título original: Neo-liberal Genetics: The Myths and Moral Tales of Evolutionary Psychology

ISBN 978-607-16-0868-0

1. Psicología evolucionista 2. Genética 3. Psicología 4. Evolución I. Lamas, Marta, pról. II. Schussheim, Victoria, tr. III. Ser. IV. t.

LC BF701

Dewey 155.7 M313g

Distribución mundial

Diseño de interiores y portada: Paola Álvarez Baldit

© 2005, Susan McKinnon

Título original: *Neo-liberal Genetics: The Myths and Moral Tales of Evolutionary Psychology*

Publicado por acuerdo con Prickly Paradigm Press LLC, Chicago, Illinois.

© Prickly Paradigm Press LLC. Todos los derechos reservados.

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738, México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

www.fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672; fax (55) 5227-4640

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0868-0

Impreso en México • *Printed in Mexico*

www.elboomeran.com

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
<i>1. Introducción</i>	17
Teorías contrastantes sobre la mente	20
El cálculo de la genética y el género	22
La ciencia y la política de la naturalización	23
Los hechos duros y fríos de la ciencia	25
<i>2. Mente y cultura</i>	29
La selección natural como titiritero, hacedor de políticas y programador	30
El “descarado plan” de la selección natural	31
La mente como mecanismo y como módulo	33
Arquitectura fija o plasticidad neural	37
Genes de la deshonestidad	42
La racionalidad de absolutamente todo	46
La elección que no es una elección	49
El individuo que no es un individuo	51
La cultura que no es cultura	53
<i>3. Individuo y sociedad</i>	55
El individualismo genético y el problema de lo “social”	56
La pobreza del cálculo genético	61
La pobreza del interés individual	68
Los futuros de la clonación	73
<i>4. Sexo y género</i>	81
Rastrear los recursos	82

El oxímoron de la “mente sexual masculina”	89
Los valores culturales de la promiscuidad	93
Desconectar el “interruptor virgen-puta”	101
Como un león y su presa: el malestar en la propiedad	108
De la “disposición mental nuclear” al significado cultural	119
<i>5. Ciencia y ficción</i>	125
Analogías orgánicas y transespecíficas	126
La fabricación de estructuras transculturales profundas	132
La historia evolutiva y genética: la versión en caricatura	139
<i>6. Ciencia y moralidad</i>	147
<i>Agradecimientos</i>	157
<i>Bibliografía</i>	159

PRÓLOGO

La conducta de las mujeres y de los hombres ha fascinado e intrigado a los seres humanos desde el origen de los tiempos. A partir de enfoques científicos, diversas disciplinas han investigado el origen de sus diferencias y se han formulado distintas teorías sobre las consecuencias de la sexuación. En este renglón, la antropología ha identificado que todas las culturas construyen su entramado social a partir de la simbolización de la sexuación, considerando especialmente el peso significativo que adquiere el aspecto reproductivo. Por el *género*¹ —es decir, por la diferenciación de atribuciones, espacios y tareas, en función de si se es mujer u hombre— se instituyen códigos y prescripciones culturales específicos para cada sexo. Así, el proceso de entrada a la cultura es justamente el de la entrada al *género*: la simbolización de la diferencia anatómica.

En estas páginas, Susan McKinnon revisa y cuestiona el enfoque de la psicología evolucionista, cuyos principios sostienen que las diferencias en el comportamiento de las

¹ En español, la traducción de *gender* por género crea confusión, ya que la acepción clásica de género —“clase, tipo o especie”— es *genre*. En *gender*, la relación implícita con la diferencia sexual provoca que se hable de “los géneros” (las mujeres como género femenino y los hombres como género masculino) y no del género como una lógica cultural. La nueva acepción de *gender* surge a finales de los años cincuenta, en Estados Unidos, en el campo de la psicología médica, para aludir al conjunto de prescripciones, creencias y costumbres mediante el cual se instituyen identidades, códigos de conducta y sentimientos en función del sexo. La entrada de ese nuevo concepto a la antropología se da en los años setenta, y se utiliza para referirse a la forma en que dentro de una determinada cultura se atribuyen características “femeninas” y “masculinas” tanto a las esferas de la vida como a las actividades y conductas de mujeres y hombres.

mujeres y los hombres están determinadas por los genes y poseen rasgos inmutables. La antropóloga desarma esta postura y puntualiza que la adhesión a la teoría de la evolución humana no supone reducir todos los procesos psíquicos, culturales y sociales de los seres humanos a los principios de la selección natural, la competencia y la maximización del éxito reproductivo.

La psicología evolucionista propone una visión de la condición humana como reproductora de un programa determinado genéticamente hace millones de años, y McKinnon denuncia que esa ficción ha sido creada a partir de dos mecanismos: de comparaciones improcedentes entre especies no comparables entre sí, así como del desconocimiento de la riqueza del material antropológico sobre la conducta humana existente en otras culturas. Si bien es válido tratar de encontrar principios biológicos generales en el comportamiento y la organización social de todos los animales, incluidos los humanos, resulta incorrecto establecer analogías deterministas entre la conducta animal y la humana. Aún más, ni siquiera la primatología respalda la suposición de que la agresión y dominación masculinas son rasgos conductuales innatos, pues las investigaciones recientes en primates, como bien señala McKinnon, documentan un amplio rango de conductas, con gran flexibilidad de los papeles de los machos y las hembras.

Los psicólogos evolucionistas justifican la dominación masculina a partir de un falso supuesto universalista. McKinnon exhibe el fundamento de esta corriente como absolutamente etnocéntrico, ya que toma como única referencia el caso occidental (ella lo nombra “euroamericano”) y considera “naturales” ciertas conductas que se producen en determinado momento histórico y en cierta región del mundo. Por ejemplo, la división sexual del trabajo a la que se refieren corresponde al esquema actual de las sociedades industriales, y no refleja de ningún modo ni las especificidades que existen en otras culturas, ni las que existieron en

otros tiempos. De ahí que cuando estos psicólogos encuentran una explicación biológica para ciertos aspectos de las relaciones entre los sexos —desde los índices de divorcio y la violencia sexual hasta por qué los hombres maduros abandonan a sus esposas por mujeres más jóvenes, o por qué las mujeres eligen como parejas a hombres con recursos económicos— también asuman como “naturales” los valores sexistas que encarnan.

La antropóloga contrapone, con ejemplos etnográficos, afirmaciones superficiales e ideologizadas de los psicólogos evolucionistas como las de que, por sus genes, los hombres siempre controlan los recursos sociales o que en ellos la doble moral sexual y el sentimiento de propiedad sobre las mujeres son naturales e innatos. Por su especialización en estudios de parentesco y alianza, McKinnon ofrece casos que prueban la falsedad de esos supuestos psicoevolutivos. Ante la complejidad de las diversas formas de relación entre las mujeres y los hombres, la variedad de sus papeles sociales y la multiplicidad de sus prácticas sexuales, se derrumba la perspectiva que encuentra en el cuerpo sexuado y sus procesos reproductivos diferenciados la causa determinante de una supuesta forma universal de relación entre mujeres y hombres.

Un aspecto sustantivo de la reflexión de McKinnon es la denuncia del uso político reaccionario que tienen esas narrativas reduccionistas. Las explicaciones seudoevolucionistas tocan profundamente aspectos centrales de las relaciones entre mujeres y hombres, como el matrimonio, la crianza infantil y el cuidado de la familia, y sus consecuencias en las políticas educativas, sanitarias y laborales. McKinnon exhibe el uso conservador que se les proporciona en el discurso político, preponderante en los medios en torno a ciertas pautas de la cultura occidental, y sostiene que, a pesar de que esas interpretaciones han logrado un asombroso éxito mediático, no son científicas. En contraposición, la antropología plantea que no es la genética, ni

siquiera la diferencia anatómica en sí, lo que provoca las conductas dispares de mujeres y hombres, sino la forma en que los sexos son simbolizados. La capacidad de simbolizar y el equipamiento neurológico humano han hecho que las personas desarrollen un nivel de complejidad cognitiva infinitamente superior al de los demás primates.

McKinnon se ubica de lleno en el campo de la antropología feminista, cuya distinción entre la sexuación y el *género* es de enorme utilidad y pertinencia cuando se habla de diferencias entre los sexos. Se recordará que la simbolización de la diferencia anatómica —que hoy se denomina *género*— cobra forma en un conjunto de prácticas, discursos y representaciones sociales que, a su vez, influyen en la subjetividad de las personas y condiciona su conducta. El *género* produce expectativas y reglas tácitas que los seres humanos perciben mediante el lenguaje, el trato y la materialidad de la cultura (los objetos, las imágenes, etc.). Al nacer en el seno de una cultura específica, y de un grupo familiar donde ya están insertas las creencias sobre “lo propio” de los hombres y “lo propio” de las mujeres, los seres humanos introyectan esos esquemas de pensamiento y acción.

La percepción humana se estructura con los elementos simbólicos de la vida social, y las personas adquieren las “disposiciones” que les corresponden, según lo establece el *género* en la cultura a la que se pertenece. En la forma de concebirse, en la construcción de su propia identidad, retoman los mandatos de *género* que circulan en su entorno. Las sociedades son comunidades interpretativas que comparten ciertos significados, y sus habitantes aprenden y aprehenden la división entre lo femenino y lo masculino mediante las actividades diarias imbuidas de sentido simbólico.

Por este proceso de inculcación del *género*, a la vez sexualmente diferenciado y sexualmente diferenciador, las personas desarrollan un sistema de referencias comunes y

reproducen el sistema de relaciones de *género*, con sus papeles, tareas y prácticas diferenciadas. Ambos sexos contribuyen, por igual, al sostenimiento del orden simbólico con sus reglamentaciones, prohibiciones y opresiones recíprocas. Lo interesante es que pese a tener la misma sexuación, los seres humanos producen lógicas de *género* distintas, dependiendo de la cultura a la que pertenecen. Un ejemplo muy conocido es el de quienes viven en países escandinavos e islámicos: los cuerpos de mujeres y hombres están sexuados de igual manera, pero el *género* —lo que se considera propio de unas y otros— es absolutamente diferente. Es el *género*, y no la diferencia anatómica en sí, lo que troquela la organización de la vida colectiva, construye un determinado discurso social y produce desigualdad respecto a la forma en que se trata a los hombres y las mujeres.

Un elemento crucial en el proceso de atribución de *género* es la complementariedad procreativa de mujeres y hombres, un hecho fundante con consecuencias en todas las dimensiones de la vida social. Por ello, la lógica de *género* extrapola dicha complementariedad a otros aspectos de la vida y simboliza a la mujer y al hombre como entes complementarios, con diferencias “naturales” que se “desprenden” de su actividad procreativa. A pesar de que en los demás aspectos de la vida humana no existe una complementariedad similar, la complementariedad reproductiva marca pautas que limitan las potencialidades de las mujeres y coartan el desarrollo de ciertas habilidades en los hombres.

A partir del singular lugar que ocupa cada sexo en el proceso de la reproducción sexual, se establecen prácticas y discursos que, en la mayoría de las sociedades, legitiman la desigualdad social, económica y política entre mujeres y hombres. De ahí que Maurice Godelier, en *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*, afirme que la diferencia sexual aparece en los discursos y las teorías culturales “como una especie de fundamento cósmico de la subordinación,

incluso, de la opresión de las mujeres”. Por consecuencia, la diferencia sexual se traduce en desigualdad social.

Resulta interesante notar que, a pesar del avance y la acumulación de conocimiento sobre la condición humana, hoy en día aún persiste la dificultad para reconocer que las conductas de las mujeres y de los hombres no son producto de la biología, sino del significado que adquieren sus actos en las interacciones sociales concretas. McKinnon subraya que la información genética debe ponerse en contexto, así como deben distinguirse los contenidos simbólicos que las personas adjudican a la sexuación, pues en ese campo es donde el reduccionismo ha sido mayor, tanto dentro de la academia como en el discurso público, mediático.

Estas premisas van en la misma dirección que el planteamiento feminista de despojar a la sexuación de sus connotaciones deterministas, sin negar su papel crucial. Un ejemplo de ello sería aceptar que, si bien la desigualdad entre mujeres y hombres en la función procreativa ha sido la base material sobre la cual se ha construido la subordinación social femenina, en el presente se ha “desnaturalizado” la condición femenina como esencialmente reproductora y se toma a las mujeres, no como antes, o sea, como hembras paridoras, sino como sujetos en su propio derecho.

Susan McKinnon protesta por la irresponsabilidad del planteamiento psicológico evolucionista y enfatiza la carga de ignorancia monstruosa que manifiesta. Despreciar los avances en el conocimiento que la rica diversidad cultural plantea es una actitud retrógrada que impacta negativamente en cualquier teorización sensata sobre la condición humana. De manera impecable, la autora denuncia el uso político que se ha dado a esta “mala ciencia”, y subraya que, si bien el evolucionismo acierta al explicar muchas cuestiones —en especial nuestro tránsito de primates a humanos—, yerran quienes ignoran las especificidades humanas en materia de aprendizajes múltiples, capacidad neuronal y

creatividad. Por ende, califica de “mito” el que las diferencias genéticas, presentes desde la prehistoria, sean las que determinan en este momento histórico la conducta de mujeres y hombres, y concluye con fuerza que la psicología evolucionista contiene una equivocación radical respecto a la evolución, la psicología y la cultura.

La lectura de *Genética neoliberal: mitos y moralejas de la psicología evolucionista* insta a desarrollar una mejor comprensión de la compleja articulación entre lo cultural, lo biológico y lo psíquico. Los seres humanos somos seres biopsicosociales, y como la biología, el psiquismo y los procesos culturales están interconectados, se requiere la concurrencia de varias ciencias para desentrañar las “bases” del comportamiento humano. Es necesario explorar el vínculo entre sexuación, psique y cultura para comprender la multiplicidad de posiciones de sujeto y de nuevas identidades humanas existentes. Comprender el poder del discurso cultural en relación con la diferencia sexual, y visualizar al lenguaje como la condición habilitante para el surgimiento de distintas formas de subjetividad, permite reconocer otras maneras de relación entre los sexos.

En este ágil y sólido trabajo de McKinnon subyace una afirmación contundente: las mujeres y los hombres no somos un reflejo de una realidad biológica, sino el resultado de una producción histórica y cultural basada en el proceso de simbolización. Ella ofrece una interpretación sobre el género como un entramado cultural donde la relación del ser humano con el orden simbólico de su cultura está estructurada más por las representaciones sociales e imaginarias que por los genes. La pregunta de fondo —¿realmente en qué somos diferentes mujeres y hombres?— obliga a asomarse a los datos de otras culturas, y esas realidades nos confrontan con la falsedad de que los genes condicionan la conducta de los seres humanos. Ignorar, como hacen estos psicólogos evolucionistas, tanto las simbolizaciones que llevan a cabo como la influencia del medio ambiente, es una falacia

esencialista que no ilumina la complejidad de la condición humana.

Argumentar por qué los seres humanos somos como somos requiere investigar el fenómeno del *género* con un abordaje que integre conocimiento científico proveniente de la antropología, la historia, el psicoanálisis, la sociología y la ciencia política. Sin embargo, hoy en día desentrañar candentes interrogantes de la condición humana, tales como cuánto de la estructura de la mente está predeterminado, o hasta qué punto los procesos socioculturales se reducen a mecanismos heredados, requiere también los aportes de la genética y las neurociencias. La relación entre los mecanismos del pensamiento y la estructura neurológica cada día está más clara, así como también se reconoce el peso que lo imaginario y lo inconsciente tienen en la mente.

Por lo pronto, la antropología es contundente: no todas las culturas representan al cuerpo sexuado de la misma manera ni otorgan el mismo peso a sus procesos. La investigación antropológica pone de relieve que las construcciones simbólicas son mucho más complejas que una simple asignación de papeles en función de la anatomía. Por eso el *género*, como sistema simbólico, es transformado por hombres y mujeres en la medida en que pasa el tiempo y se incorporan nuevas vivencias. La reflexión de Susan McKinnon, una aportación relevante para los lectores de habla hispana, convence de que lo que está en juego en el fondo de este debate es la forma en que se concibe la condición humana y sus procesos mentales y culturales. Y su postura antiesencialista representa una valiosa línea de argumentación que desarma prejuicios conservadores y combate moralismos.

MARTA LAMAS

1 INTRODUCCIÓN

En una época en la que las políticas divisorias de los “valores familiares” han creado líneas de falla que amenazan con desintegrar a los Estados Unidos, los psicólogos evolucionistas nos dicen que poseen la clave única para comprender el valor de la familia. En un tiempo en que las ideas sobre sexo y género están cambiando rápidamente y son impugnadas a profundidad en todo el mundo, los psicólogos evolucionistas nos cuentan un cuento sobre cómo la diferencia de géneros se fijó para siempre en las profundidades de la historia evolutiva y genética de los seres humanos. En un momento en el que los principios de acuerdo con los cuales los seres humanos desean organizar la sociedad caen en manos de quien los quiera tomar, los psicólogos evolucionistas reducen las relaciones sociales a un reflejo de la automaximización genética guiada por las fuerzas de la selección natural. En una época en la que la economía neoliberal angloamericana domina gran parte del mundo, cosa que provoca grandes resentimientos y resistencia, los psicólogos evolucionistas nos brindan una teoría de la evolución que naturaliza los valores neoliberales. En pocas palabras, en un momento en el que hay una necesidad urgente de comprender con matices las complejidades y variedades de la vida social, los psicólogos evolucionistas nos dan, en cambio, mitos y moralejas asombrosamente reduccionistas.

La psicología evolucionista es uno de esos raros esfuerzos académicos que no sólo han cruzado líneas de diversas disciplinas dentro del mundo académico, sino también roto directamente las fronteras de este mundo para penetrar en

los medios públicos. Basándose en campos tales como la biología evolucionista, la psicología cognoscitiva y experimental, la teoría computacional y de juegos, así como la antropología, se desarrolló inicialmente como una pesquisa académica, sobre todo dentro de departamentos de psicología. Sus primeros proponentes incluyen, entre otros, a John Tooby y Leda Cosmides, los codirectores del Centro de Psicología Evolucionista de la Universidad de California en Santa Bárbara; Martin Daly y Margo Wilson, quienes manejaban juntos un laboratorio en el Departamento de Psicología en la Universidad McMaster de Toronto; Steven Pinker, quien ocupaba la cátedra de psicología Johnston Family en la Universidad de Harvard; David Buss, del Departamento de Psicología de la Universidad de Texas, y el periodista Robert Wright.

Sin embargo, debido tal vez a que los relatos de la psicología evolucionista reflejan supuestos familiares, la noción de que nuestro comportamiento está guiado por mecanismos psicológicos que tienen profundos orígenes evolutivos y genéticos se ha convertido rápidamente en parte de las explicaciones de una multitud de campos diferentes. Los arquitectos paisajistas hablan de las estructuras profundas de la “perspectiva y el refugio” que se originaron en el entorno primigenio de la sabana y que organizan nuestro aprecio del diseño contemporáneo del paisaje. El nuevo campo de la economía evolucionista, según nos dice David Wheeler, se organiza en torno al supuesto “de que gran parte del comportamiento económico puede ser resultado de instintos biológicamente basados por cooperar, intercambiar y regatear, así como castigar a los que hacen trampa”. Kent Bailey y Helen Wood informan de una novedosa clase de psicoterapia, denominada terapia evolucionista del parentesco. La misma involucra “reconocer primero los diversos estrés por desajuste a los que se enfrenta el cliente (por ejemplo las disparidades entre las circunstancias de vida de los humanos ancestrales y los modernos), y después, amablemente,

con toda compasión, ayudarle al cliente a entender primero el problema y luego hacer los ajustes apropiados"... ajustes que vuelven a alinear las circunstancias de la vida actual con supuestos patrones ancestrales. Para los sociobiólogos legales, según nos informa Herma Kay, "las diferencias de conducta sexual con base biológica pueden y deben usarse como base para las distinciones legales que sustentan una división convencional de la función por sexo". Y destacados juristas y especialistas en derecho, como Richard Posner, están utilizando los supuestos de la psicología evolucionista para analizar cuestiones relativas a sexo, género y relaciones familiares.

A pesar del atractivo evidente y difundido de las ideas propuestas por los psicólogos evolucionistas, este trabajo demuestra por qué, desde una perspectiva antropológica, se equivocan por lo tocante a la evolución, a la psicología y a la cultura. Propongo cinco argumentos básicos. Sostengo que su teoría de la mente y la cultura no puede explicar ni los orígenes evolutivos y la historia de la organización social y el comportamiento humanos ni la variación contemporánea y la diversidad de los mismos. Más específicamente, demuestro que los supuestos relacionados con genética y género que subyacen a su teoría de mecanismos psicológicos universales no se sustentan en evidencias empíricas del registro antropológico. Afirmo que no sólo sus premisas, sino también su evidencia, están tan fundamentalmente erradas que su ciencia es, en última instancia, una absoluta ficción. Sostengo que esta ficción ha sido creada por el supuesto erróneo de que sus propios valores culturales son tanto de origen natural como de naturaleza universal. Y, finalmente, observo que esta naturalización de los valores dominantes de una cultura tiene el efecto de marginalizar otros valores culturales y de suprimir una amplia gama de potencialidades humanas pasadas, presentes y futuras.

TEORÍAS CONTRASTANTES SOBRE LA MENTE

Lo que está en juego fundamentalmente en los debates en torno a la psicología evolucionista es cómo podemos pensar acerca de la naturaleza y los procesos de la mente humana y la cultura. La teoría de la mente —y por lo tanto la teoría de la cultura— a la que se suscriben los psicólogos evolucionistas contrasta marcadamente con la teoría a la que se suscribe la mayoría de los antropólogos culturales. La diferencia no consiste en si la vida mental tiene en parte una base orgánica o si es un desarrollo complejo y una relación interactiva entre los organismos y el entorno. Más bien, como señala en un comentario Ted Benton, de lo que se trata es “de cuánta ‘arquitectura’ heredada hay en la mente humana” y “si los procesos socioculturales se entienden como independientes o como reductibles a mecanismos psicológicos heredados” que pueden reducirse, a su vez, a los principios de maximización genética.

De acuerdo con la teoría de la mente desarrollada por los psicólogos evolucionistas, la mente humana funciona por medio de una multitud de mecanismos psicológicos que se desarrollaron en el entorno de adaptación evolutiva del Pleistoceno. Como respuestas a problemas adaptativos específicos a los que se enfrentaban nuestros antepasados antiguos, estos mecanismos proporcionan intrincadas instrucciones cargadas de contenido para formas específicas de conducta social que se entiende son tanto innatas como universales. Si bien los psicólogos evolucionistas reconocen la diversidad cultural, afirman que la causa última del comportamiento humano y de las formaciones culturales está dada por la lógica adaptativa de la selección natural, que es impulsada por esfuerzos concentrados en maximizar el éxito reproductivo de los individuos. Si estos mecanismos innatos configuran el comportamiento humano, los patrones culturales se convierten, entonces, en la ornamentación su-

perfidia de una base que por lo demás está predeterminada. Por consiguiente, en la psicología evolucionista las ideas, creencias y valores culturales son epifenoménicos, dependientes y reductibles a los “verdaderos” determinantes genéticos del comportamiento. Para los psicólogos evolucionistas el proyecto consiste en delinear lo que Wilson y Daly llaman “la actitud nuclear” que, sostienen, subyace a la diversidad manifiesta de la cultura humana.

En contraste, de acuerdo con la teoría de la mente que suscribe la gran mayoría de los antropólogos culturales, la misma está definida, no por mecanismos funcionalmente específicos que resuelven problemas adaptativos determinados, sino más bien por mecanismos generales que permiten que el cerebro actúe como una herramienta flexible. Estos mecanismos generales son los que permiten a los seres humanos resolver una gran variedad de problemas en diferentes contextos, así como aprender y crear formas culturales y comportamientos distintos. De hecho, los antropólogos sostienen que los entornos variables y fluctuantes en los cuales tuvo lugar la evolución humana tienen que haber favorecido los mecanismos generales que permitían programas abiertos de comportamiento y cognición, exactamente lo opuesto a los módulos específicos para cada función que postulan los psicólogos evolucionistas. Como veremos, la investigación sobre el cerebro humano y el de otros mamíferos, así como la de la psicología del desarrollo, sustentan la idea de que el cerebro es un aparato generalizado de aprendizaje y solución de problemas que permite la creación de mundos culturales no reductibles a una lógica singular y, desde luego, no a una lógica de proliferación genética. Con semejante teoría de las capacidades mentales humanas, la cultura no podría ser ni epifenoménica ni reductible a determinantes genéticos o a la lógica de la selección natural. Más bien es el marco de referencia conceptual por medio del cual la gente hace distinciones significativas, comprende el mundo y actúa dentro del mismo y sobre él.

EL CÁLCULO DE LA GENÉTICA Y EL GÉNERO

Debido a que su teoría del comportamiento humano se inclina por una causalidad última que depende de la genética y la selección natural, las ideas acerca de reproducción, sexualidad, género, matrimonio y familia ocupan necesariamente un lugar central en su visión. Hay dos afirmaciones que proporcionan el marco de referencia para las historias que cuentan. Primero, los psicólogos evolucionistas aseveran que las relaciones de parentesco —de hecho todas las relaciones sociales— se derivan de cálculos genéticos. Es decir que se desprenden de los cálculos de proximidad genética que hacen los individuos y de la utilidad de comportamientos específicos para la maximización de dotaciones genéticas individuales.

Dentro del cálculo genético más general de las relaciones sociales los psicólogos evolucionistas postulan un segundo cálculo, más específico, relacionado con el género. Sostienen que diferencias fundamentales en las estrategias reproductivas de hombres y mujeres deben derivarse de una asimetría de base biológica en sus relativas inversiones como progenitores. De esta manera, se asume que los hombres y las mujeres tienen que resolver problemas adaptativos diferentes mientras buscan maximizar su éxito reproductivo. En vista de su inversión reproductiva relativamente a largo plazo, aseveran los psicólogos evolucionistas, las hembras ancestrales se enfrentaron al problema de cómo garantizarse recursos para mantener a su descendencia. En contraste, en vista de su inversión reproductiva relativamente a corto plazo, los machos se enfrentaron al problema de cómo tener acceso al mayor número posible de hembras fértiles.

Los psicólogos evolucionistas postulan un conjunto de mecanismos psicológicos discretos, diferenciados por género y sumamente específicos que, según afirman, se des-

arrollaron en respuesta a tales problemas adaptativos en el entorno original de la adaptación evolucionista. La naturaleza exacta de ese entorno no se especifica, pero por lo general se asume que ha de haber sido algo semejante a la sabana africana durante el Pleistoceno. Por ello los hombres desarrollaron mecanismos de preferencia por características (tales como juventud, atractivo y buena figura) que presuntamente son indicios del valor reproductivo de las hembras, mientras que las mujeres desarrollaron mecanismos de preferencia por características (como estatus, ambición e industriosisidad) que son indicadores del potencial de los varones como generadores de recursos. Aunque no hay ninguna evidencia de que tales cualidades fuesen valoradas en el Pleistoceno, se piensa que estos mecanismos de preferencia evolucionaron por selección natural y que han provocado —por medio de la actuación de la selección sexual— la evolución de las cualidades deseadas en el sexo opuesto. Se asume que los mecanismos de preferencia y las cualidades de género resultantes constituyen rasgos psicológicos innatos y genéticamente heredados que no se han modificado a lo largo de milenios. De esta forma los psicólogos evolucionistas cuentan una historia particular acerca de la naturaleza, los orígenes y la universalidad de las categorías sociales —específicamente de las que se relacionan con el sexo, el género, la familia y el matrimonio—; una historia sobre el pasado que tiene consecuencias para la forma en que pensamos acerca de las posibilidades actuales y futuras de las relaciones humanas.

LA CIENCIA Y LA POLÍTICA DE LA NATURALIZACIÓN

Cualesquiera que sean las afirmaciones que puedan hacerse sobre las ciencias duras, las ciencias humanas, debido a su sujeto, se enredan inevitablemente en debates acerca de la naturaleza de las categorías sociales, y las disputas relativas

a las ideas de los psicólogos evolucionistas acerca de la naturaleza del sexo, el género y el parentesco no son más que las últimas de una larga serie de discusiones de ese tipo.

Por un lado, las ciencias humanas tienen una larga historia de naturalizar categorías sociales y jerarquías específicas; es decir, de sostener que categorías sociales determinadas y las jerarquías con ellas asociadas (el género, por ejemplo, o la raza) se basan en la naturaleza, y por lo tanto son inevitables e inmutables. La medida de la diferencia natural puede ser el tamaño del cerebro o la forma del esqueleto o el color de la piel; pueden ser humores, hormonas o coeficientes de inteligencia. Más recientemente la medida de la diferencia natural ha sido genética. Los términos y las mediciones pueden haber cambiado a lo largo del tiempo pero el proceso de naturalización ha seguido siendo el mismo.

Por otro lado, las exploraciones en ciencias humanas también han tenido el efecto de desnaturalizar categorías sociales y jerarquías, al revelar, por ejemplo, que el cerebro de las mujeres no está controlado por su útero ni limitado en su capacidad por su tamaño; al descubrir que la raza es una categoría social, más que biológica; al comprender que el CI mide el capital social tanto o más que cualquier dotación genética innata; al entender la diferencia entre potencialidad genética y determinismo genético; al investigar las implicaciones de las estructuras sociales, políticas y económicas para los patrones de salud, enfermedad, reproducción y muerte, y así sucesivamente.

La antropología ha participado con frecuencia en el proceso de naturalizar categorías y jerarquías sociales. Ha medido su buena dosis de cerebros y cráneos; creado su cuota de categorías raciales; elaborado su parte de narrativas evolucionistas que han dividido a los pueblos en “salvajes” y “civilizados”. Asimismo, la antropología ha sido, aunque no, en mi opinión, más esencial ni inevitablemente, parte del proceso por el cual se han desnaturalizado las categorías y jerarquías sociales. Al tomar en serio la variación biológica

ha desmantelado las categorizaciones ideológicas de la raza. Al tomar en serio la variación lingüística ha demostrado la fundación simbólica que subyace a todos los lenguajes y pensamientos humanos. Al tomar en serio categorías sociales tales como parentesco, sexualidad y género, ha demostrado su variabilidad y su “naturaleza” simbólica, más que meramente biológica. Al rastrear los cambios en la forma y el significado de relaciones y jerarquías sociales, tanto transculturalmente como a lo largo del tiempo, ha desarrollado una conciencia más sensible a la variabilidad de las disposiciones sociales humanas. Esa conciencia, correctamente entendida, desata en forma inevitable los nudos de necesidad que amarran a las relaciones sociales en formas aparentemente fijas. Sostiene que las cosas siempre pueden ser —y con frecuencia son— diferentes.

En ese trabajo considero un caso particular de esta tensión entre los discursos naturalizadores y desnaturalizadores al dirigir mi atención a la psicología evolucionista. Por un lado, afirmo que la psicología evolucionista es simplemente la más reciente de una larga línea de narrativas científicas reductivas que han naturalizado categorías y jerarquías sociales, en particular las del sexo, el género y el parentesco. Por el otro, quiero poner esas narrativas en diálogo con el ímpetu desnaturalizador de la antropología cultural estadounidense que, desde los tiempos de Boas y sus alumnos, se abocó a reconocer la integridad de comprensiones culturales alternas del mundo y, en particular, de las relaciones de sexo, género y parentesco.

LOS HECHOS DUROS Y FRÍOS DE LA CIENCIA

Los psicólogos evolucionistas se caracterizan a sí mismos como una minoría perseguida. En un lenguaje que evoca el de la derecha conservadora, se ven víctimas de lo que el profesor de Harvard Steven Pinker llama un *establishment* de

“intelectuales” de “elite”. La psicología evolucionista es la “verdadera” ciencia, al parecer la única ciencia humana verdadera capaz de manejar con sobriedad los hechos obvios, fríos y duros de la situación humana. Pinker traza el contraste entre los psicólogos evolucionistas y sus opositores, a los que caricaturiza como “científicos radicales” que están “prejuiciados por la política” o “románticos” en las garras de un “moralismo del bien sentir”. O, de manera alternativa, se los considera como fanáticos religiosos cuyos puntos de vista sobre la “santísima trinidad” son meras reiteraciones de la “ortodoxia”, “doctrina” y “mantras”. O de lo contrario se los caracteriza como simples lunáticos, cuya comprensión del mundo consiste en “engaños”, “locura” y “tonterías románticas”.

Plantearé el argumento de que la psicología evolucionista es mala ciencia. Pero afirmo esto no porque crea que la “buena ciencia” está libre de contenido cultural mientras que la “mala ciencia” no lo está. Más bien aduciré que esto es así porque los psicólogos evolucionistas no han estado dispuestos a arriesgar sus premisas fundamentales y sus categorías analíticas en un encuentro con evidencias opuestas. En realidad han hecho lo contrario. Han supuesto de antemano la universalidad natural de sus propias categorías y comprensiones y, con ello, han ignorado y borrado, de hecho, evidencias que hubiesen demostrado que sus teorías están equivocadas.

Por lo tanto quiero explorar las formas en las cuales se inscribieron las ideas y prácticas culturales dominantes en la infraestructura de la psicología evolucionista. ¿Cómo se unió una moralidad victoriana vergonzante del sexo, el género y las relaciones familiares con una ideología económica neoliberal, para transformar la teoría de la evolución y la selección natural en lo que denomino genética neoliberal? Quiero investigar cómo se transforman, retóricamente, estas ideas histórica y culturalmente específicas en universales transculturales y ahistóricas. Y quiero examinar de

qué forma esas ideas culturalmente específicas, una vez naturalizadas en la genética profunda y la historia evolucionista, tienen el efecto de privilegiar y validar ciertas ideas culturales y arreglos sociales por encima de otros. Y, por último, deseo considerar cómo es que esa forma de naturalización ejerce inevitablemente —sea o no de manera intencional— una fuerza prescriptiva y moral.

El curso de estas exploraciones seguirá varias pistas. Analizo las estructuras y estrategias retóricas de los textos de la psicología evolucionista a fin de captar los supuestos previos, las analogías y las estructuras narrativas que, de consuno, logran la naturalización y universalización de un conjunto de comprensiones culturalmente específicas del mundo. Evalúo las formas y la calidad de su evidencia —incluyendo lo que ellos admiten y lo que descartan como evidencia, así como los puntos en los que malinterpretan la evidencia o la sustituyen por conjeturas y demás—. Y, lo más importante, demuestro que lo que consideran aspectos universales del sexo, el género y la familia son de hecho convenciones euroamericanas dominantes, para lo cual las contrasto con la comprensión de pueblos de otras culturas que piensan y viven estas relaciones de manera muy diferente. No es necesario aceptar la verdad de otro pueblo como propia para poder apreciar su efecto en la organización de las formas de las relaciones sociales —incluyendo aquellas que se relacionan con la aptitud reproductiva diferenciada— de modos que cuestionen las “verdades” de los psicólogos evolucionistas. La diferencia entre las posiciones de los psicólogos evolucionistas y la mayoría de los antropólogos culturales radica en si se debe otorgar a otras ideas y prácticas culturales una integridad y una eficacia de su propia factura, o si hay que reducirlas a una presunta lógica fundamental y universal que es, al final, un reflejo de ideas y valores euroamericanos históricamente específicos.

Con diversos enfoques, numerosas disciplinas han formulado teorías para explicar las diferencias en el comportamiento de hombres y mujeres. Una de estas disciplinas es la psicología evolucionista, cuya teoría sostiene que tales diferencias tienen un carácter inmutable y están determinadas por los genes. En estas páginas, la autora cuestiona este enfoque; con base en investigaciones antropológicas, demuestra la imposibilidad de explicar todos los procesos psíquicos, culturales y sociales humanos mediante la determinación genética relacionada con la selección natural, la competencia o el aseguramiento de la reproducción.

En este ágil y sólido trabajo de McKinnon subyace una afirmación contundente: las mujeres y los hombres no somos un reflejo de una realidad biológica, sino [...] el resultado de una producción histórica y cultural basada en el proceso de simbolización. Ella ofrece una interpretación sobre el género como un entramado cultural donde la relación del ser humano con el orden simbólico de su cultura está estructurada más por las representaciones sociales e imaginarias que por los genes.

MARTA LAMAS

Susan McKinnon (Estados Unidos, 1949) es una destacada antropóloga cultural cuyos intereses se enfocan en el género, el parentesco y la teoría antropológica. Entre sus obras se cuentan *Relative Values: Reconfiguring Kinship Studies* (en coautoría con Sarah Franklin; 2001) y *From a Shattered Sun: Hierarchy, Gender, and Alliance in the Tanimbar Islands* (1991); asimismo, junto con Sydel Silverman, es editora de *Complexities: Beyond Nature and Nurture* (2005). Es profesora del Departamento de Antropología en la Universidad de Virginia.

 FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA



www.elboomeran.com